



Fundador, a pesar suyo



Por: Mons. Victorino
GIRARDI, mccj,
obispo emérito
de Tilarán-Liberia

*Durante 2017 los Misioneros Combonianos celebramos
150 años de la fundación de nuestra Congregación.*

1. Si tenemos presente que, de cada cuatro congregaciones solo una llega a cumplir cien años desde su fundación y que solo una de ocho alcanza los 200 años de vida, constatamos que 150 años de la propia historia bien merecen ser celebrados. ¡Dios ha sido grande con nosotros y nos unimos en una prolongada acción de gracias! Sin embargo, si este largo periodo tiene el sabor de lo extraordinario, lo mismo debemos decir cuando pensamos en el camino y en las circunstancias que llevaron a la fundación de nuestro Instituto.

San Daniel Comboni nació en Limone Sul Garda, un pueblo del norte de Italia, en 1831 y, sien-

do adolescente, entró en el Instituto Mazza de Verona. Ahí maduró su vocación misionera y, en 1857, a los 26 años, ya sacerdote, con otros cinco compañeros partió para África Central, llegando a la estación misionera de Santa Cruz (Sudán) el 14 de febrero del año siguiente, después de un largo y extenuante viaje de cinco meses... Aquel lugar era uno de los más inseguros y malsanos del curso del río Nilo. A los pocos meses mueren dos misioneros y Comboni se haya en grave peligro de muerte. Sin embargo, con sus compañeros jura fidelidad a la misión, pero se encuentra en la inevitable necesidad de abandonar, al menos por ahora, su «tierra santa», la misión.

Otros misioneros intentaron llegar al corazón de África, pero no pudieron adaptarse: la mayoría, después de un breve periodo, moría de fiebres tropicales. El Instituto Mazza, al que Comboni pertenecía, en 1865, renuncia definitivamente a la misión africana, pero ya dos años antes, la Santa Sede, de «hecho» había suprimido el Vicariato de África Central, en espera de tiempos mejores...

Comboni queda solo. Pero le resonaba en el corazón lo que su compañero, padre Oliboni, consciente de su muerte ya cercana, había murmurado en la misión de Santa Cruz: «Aunque quede uno solo de nosotros, jure que va a ser fiel a esta misión».

Desde entonces, Comboni considera su vida, los pocos o muchos años que Dios le dé, como un prolongado acto de fidelidad a ese juramento y jamás abandonará África, a quien llama «mi esposa».

2. Comboni poseía una personalidad extraordinaria y supo llegar a Dios sin dejar su mundo, su dura realidad, interpretando el amor como servicio activo, fuerte, perseverante hacia las miserias del hombre concreto. Todo lo que la naturaleza y la gracia le habían dado, lo dirigió a África, porque descubrió en el africano de su tiempo la expresión máxima de la necesidad, de la miseria, de las humillaciones, el punto más hondo de la degradación de nuestra humanidad común... No lo olvidamos: en su tiempo los africanos seguían siendo vendidos en los mercados. El último barco de esclavos negros llegó a Cuba en 1873 y, «en perfecto acuerdo con las leyes del tiempo».

Para él, eso era inaceptable. Estaba profundamente convencido de que no cabe en absoluto disponer del ser humano. «Lo que ustedes hacen con el más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacen», dijo Jesús (Mt 25,46). Lo que equivale a afirmar que «Cristo es también negro»: amar, servir, morir por Cristo, se identificaban para Comboni, con el amar, servir y... morir por los africanos. «¡África o muerte!» fue su grito de guerra.

3. Enriquecido por la dura y heroica, aunque breve, experiencia de Santa Cruz y por otros acontecimientos,



Su Instituto «se hizo árbol fuerte, capaz de resistir tempestades, y hoy tenemos la confianza de que quede vivo en la Iglesia»

Comboni ya es un hombre, un sacerdote y un misionero en la plenitud de su madurez y muy consciente de la magnitud de su proyecto. Él sueña a lo «grande» y quisiera que toda la Iglesia vaya adquiriendo conciencia de la urgencia de la labor evangelizadora del continente africano. Y comienza una serie de viajes por toda Europa contactando a cuantos más hombres de

gobierno podía, desde el rey de Bélgica y Napoleón III de Francia, hasta el emperador Francisco José, de Austria... Realiza un intenso trabajo de animación misionera y entra en contacto con las más conocidas congregaciones y asociaciones misioneras de Europa y con los obispos de mayor autoridad. Al mismo tiempo mantiene constante relación con *Propaganda Fide* (hoy Congregación para la Evangelización de los Pueblos), responsable de toda la actividad misionera de la Iglesia.

Los resultados son escasos. En la Iglesia hay muchos otros problemas y preocupaciones. Pretender que atienda de manera «privilegiada» a la evangelización de África Negra, puede parecer un sueño irrealizable.

Comboni se encuentra en una encrucijada: o renuncia a su proyecto o se conforma con un Instituto misionero suyo, con un pequeño grupo de obreros a quienes transmitir su «pasión por África», es decir, ser servidores amorosos de los más pobres y abandonados. Después de intentar en vano involucrar a otros Institutos en la realización de su atrevido proyecto misionero, decide fundar, en Verona el 1 de junio de 1867 (hace 150 años) el Instituto para las Misiones de África.

Era una plantita muy endeble y, Comboni, fallecido en África a los 50 años, en 1881, no tuvo tiempo para cuidarla y fortalecerla. Sin embargo, se alimentó de la fuerza de la fe y de la certeza de que Dios quería la evangelización del África Negra, que ya había esperado «demasiado». Se hizo árbol fuerte, capaz de resistir tempestades, y hoy tenemos la confianza de que quede vivo en la Iglesia, no sólo durante los 150 años que acaba de cumplir, sino, participando de la vida de la Iglesia, y entonces, se quede para siempre. 🛎